

antologías, historias, estudios de tres siglos hasta que Menéndez Pelayo la señala en la cima misma de toda la lírica castellana.

1881 es también el año del curso de conferencias sobre «Calderón y su teatro». Estamos en el polémico año del centenario calderoniano. Dos años después, en 1883, ingresa también en la Academia de la Historia, eligiendo un tema estético e inicia ese insigne monumento o panorama universal que será la «Historia de las Ideas Estéticas en España». De ese mismo año, 1883, data el bello prólogo a la edición de Enrique Heine por don José J. Herrero, para la Biblioteca Clásica. Documento que tiene el inestimable valor de una palinodia.

Es imprescindible señalar este prólogo, donde el maestro amplía ya su credo estético en un evangelio de amorosa comprensión y generosidad. Siete años han bastado para que, aún en plena juventud, Menéndez Pelayo sea ya nuestro don Marcelino. Nada hay desdeñable en esta preciosa efusión, pero dejando a un lado comentarios sobre la poesía francesa y el espiritual elogio de Heine, quiero recordar algunas frases reveladoras.

Comienza declarando el propósito de desagrar a Heine de antiguas ligerezas e incomprendiones. Nuevas lecturas del poeta le han convertido en el más ferviente de sus admiradores. Su tejido etéreo e impalpable escapa a las redes de la crítica. Dice Menéndez Pelayo: «Por eso yo no entendía al principio a Heine, y ahora que no me empeño en descomponerle y le tomo como es, creo entenderle». Palabras sencillas y ejemplares que debían adoptar como divisa de honradez y de humildad todos los críticos que se pasan la vida buscándole al gato los pies que no tiene. Y sigue: «Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música». He tardado, dice, y no había cumplido los

veintisiete años. ¿Cuántos críticos no llegan nunca a comprender el arte más que a una sola postura, si le comprenden? Y luego esta confesión admirable, conmovedora, verdadera profesión de fe de un crítico: «Conviene que tengamos todos alguna pasión literaria por tal o cual poeta determinado. Sin esta pasión no hay calor, y la producción sería imposible. Este autor, objeto de esa devoción familiar, importa poco quién sea, lo único que importa es que pertenezca a la categoría de los ingenios próceres y eminentes. Muchas puertas llevan a la encantadora ciudad de la fantasía: no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu. No es plástica la poesía de Enrique Heine, pero encierra misterios de intimidades y recónditas armonías no concedidas a la línea. La misteriosa virtud de esta poesía no penetra por los ojos, pero empapa con tenue rocío el alma. Todo se encuentra en esos versos, pero volatilizado y aeriforme. Cada lector va poniendo a esa música la letra que su estado de ánimo le sugiere». Y sigue derivando hacia una heiniana síntesis recapituladora, sorprendente de intuición y color, como todas las suyas.

La doctrina del maestro no puede ser más elevada y noble. No puede ser más provechosa. El crítico debe atenderlo y amarlo todo, abrir tembloroso todas las puertas del palacio. Pero no le dañará guardar en lo íntimo del corazón un culto recogido y leal a un poeta favorito. Que equivale a decir: admitirá todas las doctrinas, pero creerá en una. Si le falta ese núcleo que polarice y vertebralice su estructura mental esa adhesión intuitiva se desmayará, se enfriará en un vacío, inmoral eclecticismo, no menos repelente que la obstinación partidista y ciega. Marcelino Menéndez, poeta y crítico de veintisiete años, nos da en esas páginas una lección inmarcesible.